

LIBRO XVII

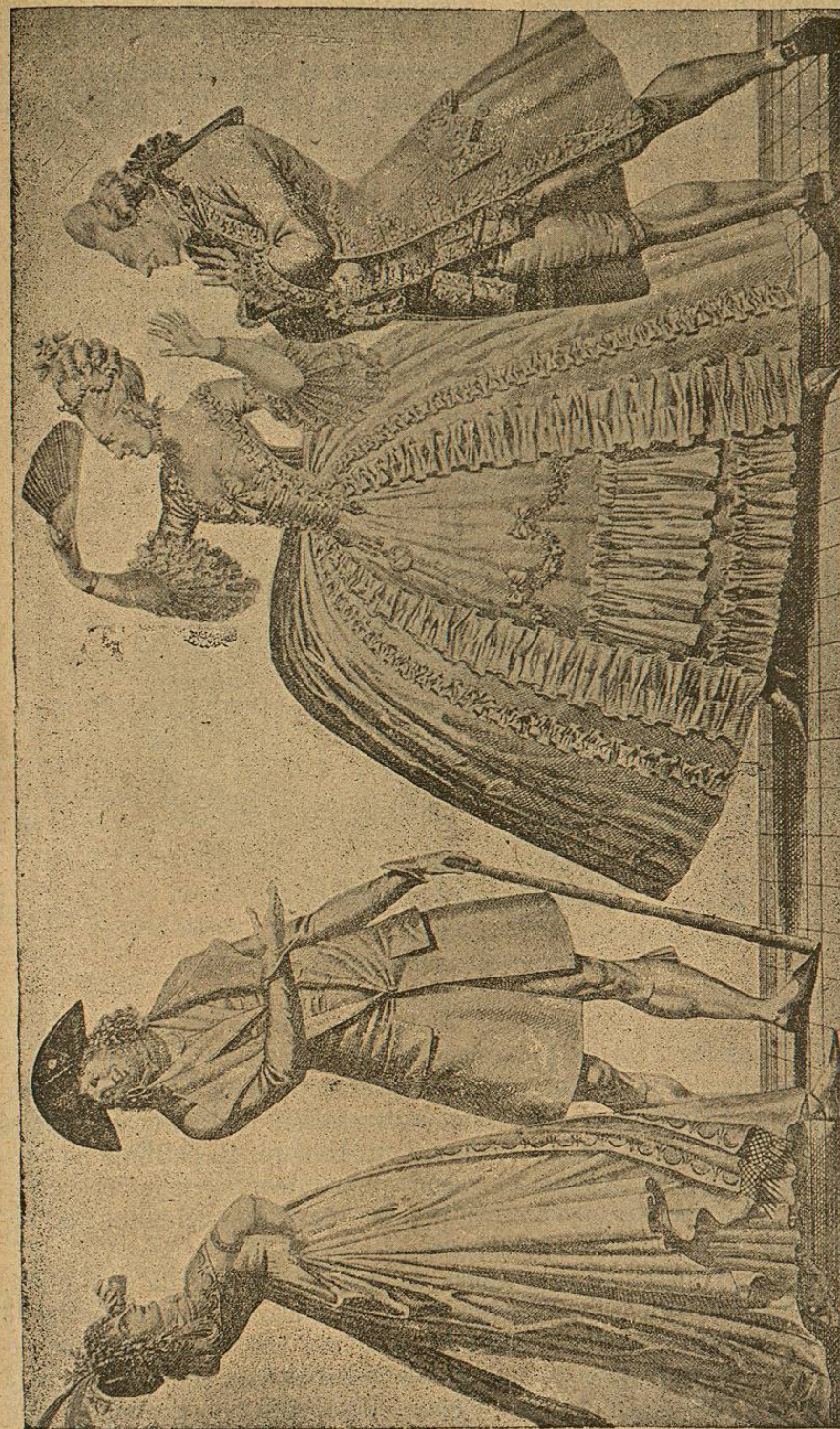
CAPITULO PRIMERO

Lucha policiaca.—Los Saint-Amaranthe.—Calumnia contra Robespierre (13-14 Junio del 94.)

Ejecución de la ley de Pradeal.—Se ausenta Robespierre del comité (del 3 Pradeal al 3 Thermidor.)—Excita á los jacobinos contra la indulgencia.—Los Comités intentan atacarlo.—El hermano de Robespierre.—La casa Saint-Amaranthe.—Robespierre se defiende por el Terror.—Omnipotencia de su negociado de policía.

Apenas votada la ley se apoderó de las gentes tal terror que muchos no osaron volver á sus domicilios. Más de sesenta diputados no habitaron sus casas hasta el 9 Thermidor. Apenas iban á la Convención, donde casi no se permitían tomar asiento, creyendo siempre que las puertas iban á cerrarse para ellos. Bourdon del Oise cayó enfermo como si hubiera oído ya su sentencia de muerte.

En las cárceles aumentó prodigiosamente el terror porque se advinó que el que debía aplicar la ley, Fouquier-Tinville, estaba aterrizado. Veíase arrojado á un mar de sangre del que no saldría jamás. Hemos indicado ya sus relaciones secretas con los indulgentes y su comida con Lecointre y Merlin de Tihonville. Siendo ya sospechoso se le

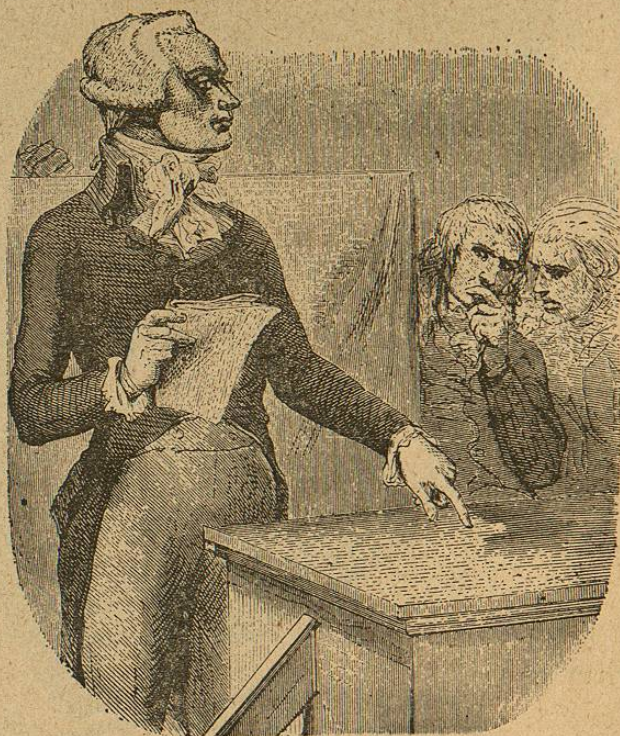


LAS MODAS DE LA REVOLUCION

¡Oh, qué antigüedad
¡Qué locura la novedad!
(De una estampa satírica de la época comparando la moda del antiguo régimen y la de la Revolución.)

nombró un adjunto, es decir, un vigilante en el proceso de su pariente Camilo Desmoulins.

Cuando sufrió el golpe de este decreto de Pradeal, perdido, se confió al comité de Seguridad. Convinieron en que la ley era inaplicable pero le ordenaron que la ejecutara.



Robespierre en la tribuna el 18 Termidor.

Al regresar á media noche todo el Sena le parecía de sangre.

Las ejecuciones debían practicarse como ya se ha dicho en el arrabal de San Antonio. Las carretas no atravesarían los estrechos pasajes de Pont-Neuf, las calles del Roule y Saint-Honoré. El patíbulo no pertenecería ya á la muchedumbre como quien dice. Se emancipó la guillotina. Iba á respirar otro ambiente, á ejecutar fuera del mundo civilizado para no enrojecer de vergüenza.

Pero el tribunal tenía aun más de condenable que la guillotina. Los que vieron funcionar la máquina se horrorizaron. Los jueces del 93 que observaron aquel mecanismo no pudieron soportarlo. Habíase excluído del jurado á todo el que conservaba alguna independéncia, á Antonelle, Naulin y aun se les arrestó. El antiguo tribunal del 93, aun

prodigando la muerte, era serio por el peligro de la crisis en que juzgaba y porque sus juicios motivábanse en causas dignas.

El tribunal de Pradeal, execrable por su rapidez furiosa, lo fué más por los insultos y cobardías cometidas con los acusados.

El primero de los jurados, Vilatte, el único letrado, excusa y regente de un colegio, joven, libertino, imitando las elegantes ligerezas de Barere, juzgaba con el reloj en la mano y en estas horribles hornadas de cincuenta hombres á la vez, no perdonaba á los murientes que le hicieran comer demasiado tarde.

Sin ninguna duda la idea fija fué la proscripción absoluta de todos los sospechosos, pero era necesario decirlo, imitar al menos la franqueza de Sylá. Lo horrible eran estas comedias de jurados, la irrisión de la justicia, la multiplicidad de manos porque pasaban las cosas inutilizaba toda garantía.

Una comisión establecida en el Louvre que escogía entre los prisioneros quienes debían de ser juzgados enviaba las listas al comité. Este las firmaba y las enviaba á Fouquier-Tinville.

La comisión decía: «Nosotros podríamos equivocarnos por la confusión del trabajo: el comité examinará y después sancionará el tribunal.»

El comité decía: «Nosotros podemos firmar siempre: la comisión ha examinado y el tribunal juzgará.»

Y el tribunal á su vez: «Los que la comisión y el comité han juzgado acusables son indudablemente merecedores de la condena.»

En suma: la responsabilidad mayor recaía sobre el comité de Seguridad. Esto era lo más maquiavélico en la ley de Pradeal.

Las listas llegábanle del Louvre y debía enviarlas rápidamente al tribunal. Por la ley robespierrista fué lanzado en una corriente de precipitación que debían en poco tiempo caer bajo el peso del odio público para librar del cuchillo á Robespierre.

¿Qué hacía él entretanto? Se retiró, se concentró en sí mismo (23 Pradeal) después de la terrible disputa diciendo: «Ya no soy nadie.» Se lavó las manos de todo cuanto se iba á hacer.

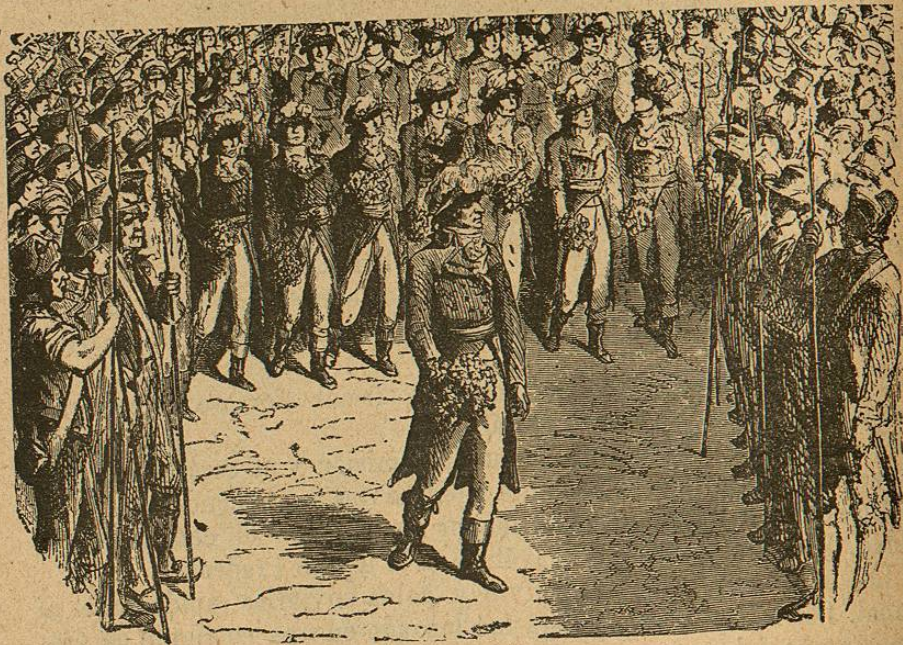
La más cruel denuncia no lo era tanto como esta ausencia. ¿Traicionábanle los comités cuando el *incorruptible* no podía poner en ellos sus pies? ¿Residía aun en él todo poder? ¿Quién gobernaba en el fondo? Su ley. No iba al comité de Salud pública pero observaba las firmas y firmaba con él. (Existen de su puño y letra nombres de arrestados). Couthon se sentaba en su lugar y en el comité lo representaban David y Lebas. Poseía las cárceles y tribunales porque en ellas mandaban Payan, Herman, Dumas. El primero en la Comuna. Por la noche llegaba á los Jacobinos, entre Dumas, presidente y Renaudin y otros jurados del tribunal revolucionario. Casi todas las noches pronunciaba Couthon un discurso *contra la indulgencia*, lo cual era muy extraño después de la generosidad de que había hecho gala en Lion. Todo se

olvida rápidamente en Francia. ¿Cómo no olvidar los actos de indulgencia de Robespierre con Collot de Herbois, Mauricio y Fouché?

Los comités, como conocían que por este camino se iba directamente al abismo, no perdieron ni una hora.

Había que acechar el momento para perder á Robespierre.

Este, más flaco de día en día, paseaba dos horas durante la jornada aceleradamente. ¿Qué hacía semejante hombre? Su preocupación era



Robespierre, presidente entonces de la Convención, marchaba á la cabeza. (Pág. 474)

la de no tocar más dinero que la pensión que se pasaba á su hermano. Robespierre no poseía nada. No podía pagarle á Duplay. El 9 Thermidor le debía cuatro mil francos.

¿Donde iba? A Monceaux, algunas veces á los Campos Elíseos á pasear las dos horas que le eran necesarias. Algunas veces hablaba con los obreros, preferentemente con los carpinteros, recordando el *Emilio*. Algunas veces entraba en un estanco en la calle de Saint-Honoré.

Al hablar de sus relaciones con mujeres parece que ninguna unió sus destinos á los de Robespierre.

Dícese que á Cornelia Duplay quería casarla con su hermano. Lo cierto es que ella velaba con inquietud los días de Robespierre. Instruida por la muerte de Marat jamás dejó que llegara hasta Robespierre la pequeña realista Renaud.

Robespierre, poco atacable en sí mismo, lo era en su familia. Este fué su flaco. Su hermana, la triste y áspera Carlota, tenía un amante.



Los guillotinos en el cementerio.

¿Quién era? Touché, alojado en el granero de una casa de la calle de Saint-Honoré, concibió la idea de introducirse en la familia Robespierre y sorprender sus secretos. Este gran policía, cuya grotesca figura hacía temblar de miedo al amor, imaginó hacer la corte á la hermana de Robespierre. Muy alejada de Robespierre, si hubiera podido fran-

quear la puerta de la casa Duplay, la esposa de éste y su hija Cornelia jamás hubieran dajado llegar hasta él á su hermana. Quedaba aislado el hermano de Robespierre. Este, abogado, joven, orador fácil y vulgar paseaba por todas partes á una mujer de sospechosa reputación. Creyó que su hermano podría suavizar el terrible espíritu de la Revolución. En la Provenza hizo gala de ser muy humanitario y en París tuvo el valor de salvar á muchas personas comprometidas.

En la precipitación de su celo antiterrorista llegó á humillar á exaltados patriotas, llegando á imponer silencio á Bernard y Saintes. Los contrarrevolucionarios adquirieron gran confianza, llegando á decir: «Tenemos la protección de los señores Robespierre.»

En París el joven Robespierre visitaba una casa muy sospechosa, el antiguo hotel Helvetius. Era aquello como el centro de los agiotistas, bolsistas informales, comerciantes en oro y asignados. Robespierre gustaba de encontrar allí restos de la antigua sociedad.

La casa en donde él jugaba habitábala dos mujeres hermosas, una, la hija, apenas tenía diecisiete años, la madre no llegaba á los cuarenta. Esta, madama de Saint-Amaranthe, viuda de un guardia de corps que se hizo matar el 6 de Octubre, había casado á su hija con un joven perteneciente á la familia de un famoso agente policíaco.

Madama de Saint-Amaranthe enseñaba á los jugadores los retratos del rey y de la reina que su hijo político, Sartine, le proporcionaba. Los ricos realistas acudieron á la casa de madama Saint-Amaranthe. La hija de ésta era amada con pasión del jacobino Desfieux, agente del comité de Seguridad, amigo íntimo de Proly y de Junio Grey, exfamoso banquero que dió su hermana á Chabot en matrimonio. Todo esto apareció en el proceso de Desfieux.

Robespierre vivía extraño á este mundo hasta el punto de no enterarse que Desfieux y Proly intrigaban contra él.

Recuérdase que en Octubre, en un momento en que la popularidad de Robespierre sufrió grave amenaza, se le hizo el servicio de encarcelar á Desfieux por orden del comité de Seguridad. A Collot-d' Herbois costóle grandes esfuerzos ponerlo en libertad. Antes de que fuera ejecutado Desfieux, Saint-Just ordenó que se encarcelara á las Saint-Amaranthe y á Sartine. Pero como el joven Robespierre era amigo también de la casa, esto les valió para que permanecieran mucho tiempo en la cárcel sin sufrir ningún juicio.

El comité recibió instrucciones y en determinados momentos pudo lanzar á la publicidad la sospecha de que Robespierre era el protector de las casas de juego.

¿Robespierre? ¿Y cual de los dos? Se guardan muy bien de hacerlo constar.

Sin duda Robespierre fué advertido por su propio hermano que le hizo plena confesión.

¿Habló á los comités? Nada se sabe; lo cierto es que en la noche

del 25 de Pradeal ocurrió algo terrible. El asunto era irremediable y cuanta más resistencia opusiera Robespierre más gravedad alcanzaría.

Cuando el viejo Vadier le anunció que informarían en el asunto de las Saint-Amaranthe, Robespierre contestó débilmente, pero sin llegar á creerlo.

Este mismo día hizo que se concediera á su negociado de policía el derecho á entregar á los procesados al tribunal revolucionario.

El comité de Salud pública en masa firmó la autorización.

Esta concesión tenía grandísima importancia. El comité por la fuerza concedió al presidente Herman el derecho á interrogar á todos los prisioneros de la Francia.

Lanne y Fouquier, para saciar su apetito, pidieron de primer intento trescientas cabezas, aunque se asegura que Lanne convenció después á su compañero para contentarse con treinta *solamente*.

Fouquier, atento á favorecer á sus amos, anunció después que enviaría al tribunal revolucionario á sesenta acusados.

Figuraban entre estos cuatro enemigos de Robespierre, Marino, Soulés, Froidure y Dangé.

Marino, pintor alegre, díscolo, fué muy querido por sus compañeros de cárcel. Organizó una especie de mutualidad de socorro, de suerte que los indultados prisioneros ricos favorecían á los pobres. La alimentación era horrible por culpa de los contratistas.

Los robespierristas borraron de la lista de los sacrificados los nombres de los cuatro enemigos de Robespierre.

